

A bordo del patio de vecindad*

Historiadora de aristocrático apellido, Gema Lozano y Nathal siempre se ha interesado, paradójicamente, por el inagotable mundo popular del puerto de Veracruz. En su plática o en sus textos se desborda siempre, como santo y seña de la casa, la pasión por el tema sobre el que habla o escribe con sapiencia y sabrosura. Gema, qué duda cabe, es una enamorada de su oficio, una historiadora de pura raza.

Estudiosa del sindicalismo veracruzano, pero también de las endemias y epidemias que azotaron a la población porteña, como nos recuerda el antropólogo Manuel Uribe Cruz en la “Introducción”, así como del devenir tlacotalpeño, esta vez Gema nos ofrece un pequeño pero hermoso libro: *Abordo del patio de vecindad*, publicado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia y cuya portada y contraportada, en colores pastel, son, a mi modo de ver, un digno homenaje a estas emblemáticas casas-habitación: desde el interior de un patio cualquiera se divisa una imagen panorámica del puerto de Veracruz, autoría del artista de la lente Nacho Montes. Una imagen

que, a su vez, es un aperitivo para disfrutar el banquete de fotografías que se incluyen como colofón de la obra.

Si bien estas casas-habitación no constituyen, como podría aventurarse, un resabio de la otrora Ciudad de Tablas del siglo XVII —de la cual sólo tenemos una vaga idea gracias a don Francisco del Paso y Troncoso—, sí en cambio podríamos afirmar que son una muestra fehaciente de la continuidad que ha tenido la arquitectura vernácula local por más de cuatro centurias. De multicolores texturas y dispersos aquí y allá dentro de la geografía urbana de Veracruz, los patios de vecindad son un símbolo inequívoco pero a la vez frágil de su recia identidad caribeña. Son también, desde luego, crisol y refugio de la cultura popular porteña e intrincados espacios de convivencia familiar y solidaridad, de marginación y pobreza, de negociación y confrontación, de resistencia y rebeldía, de organización y de lucha y acción directa, de, en fin, sueños permanentes y utopías desbordadas. Son, en definitiva, como fueron los tranvías o son los Portales de Lerdo, un emblema universal del jarocho puerto de ayer y hoy.

Y, sin embargo, hasta ahora, luego de poco más de dos siglos —desde que, de acuerdo a las pesquisas de

* Gema Lozano y Nathal, *A bordo del patio de vecindad*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 2014, 138 pp.

Gema, surge en esta ciudad, hacia 1791, la que sería la primera unidad habitacional de este tipo—, los patios de vecindad no tenían ni su historiadora ni su propio libro, más allá de algunas alusiones a ellos en obras o ensayos que abordan diversos aspectos del pasado porteño. La obra de Gema Lozano, por tanto, viene a llenar un enorme y evidente vacío en la historiografía local. He aquí, de entrada, su importancia y pertinencia, en términos generales.

Ese primigenio “patio de vecindad”, al que se hace alusión en el llamado Padrón de Revillagigedo, al final de la época virreinal y en plena puesta en marcha de las reformas borbónicas —cuando Veracruz vive un etapa de relativa prosperidad—, era, según la autora, “un laberíntico conjunto de cuarterías que funcionaba ex profeso, como una extensa vivienda comunal de dos plantas, muy al estilo árabe andaluz, cuyo propietario y arrendador bien pudo ser alguna orden religiosa o el mismo Ayuntamiento de Veracruz” (pp. 14-15). Ubicado al pie de la muralla que rodeaba a la ciudad, entre el antiguo barrio de Minas y el Hospital de Loreto, abunda Gema, dicho patio dividía a sus cuarterías en “cuarto bajo, cuarto bajo interior, accesoria, accesoria pulpera y bajos de tienda pulpera, sumando en total 101 cuartos que albergaban a 538 personas de diferente sexo y edad, de procedencias, calidades y oficios diversos” (p. 15). ¿Se ima-

gina, estimado lector, las condiciones de higiene y hacinamiento en esta pequeña torre de Babel en medio del calor infernal del verano, cuando se cebaban con más fuerza todo tipo de enfermedades sobre la población porteña?

Ese tipo de vivienda no sólo sustituiría a la llamada “casa móvil de madera” que hasta entonces se construía en pequeños terrenos que arrendaba el Ayuntamiento, sino que, a la postre, serían el modelo para los conjuntos de casas que, al amparo de la Ley de Ejidos del Municipio de Veracruz de 1778, aparecerían a todo lo largo del siglo XIX —fueran éstas de madera o de mampostería, con techos de dos aguas de palma o teja marsellesa— en los entonces novísimos barrios extramuros de San Sebastián o del Nuevo Mundo, de Las Californias y del Santo Cristo del Buen Viaje; este último, con el tiempo, tomaría el nombre de La Huaca, cuyos varios significados explica en detalle la autora, no sin advertir que, más allá de ello,

[...] el imaginario social de la ciudad les atribuía [a sus habitantes] un tipo de carácter social aventurero, desenfadado y resistente, con capacidad de enfrentar o adaptarse a novedosas situaciones sociales; zalameros todos, seduciéndose unos a otros con el objetivo de realizar sus propósitos; incluso, se decía, sólo estos jarochos [urbanizados] eran capaces de soportar el clima de la ciudad y sus periódicas epidemias de fiebre amarilla [...] (p. 27).

Estos barrios extramuros, producto de un importante impulso poblacional

—dado que, además, al interior de la ciudad amurallada la convivencia humana se había tornado literalmente asfixiante—, se consolidaron gradualmente, no sin enfrentar obstáculos formidables, como inseguridad, insalubridad, epidemias, invasiones extranjeras, sitios desde tierra adentro, entre otros. Sus habitantes, precisa la autora, eran principalmente afroestizos, “con oficios de rancheros, hortelanos, pescadores y carretoneros; cargadores de muelle, carpinteros y albañiles; aguadores, carboneros y cocineros, lavanderas y mujeres públicas; parteras, chichiguas (mujeres que se empleaban para amamantar a los recién nacidos), curanderas y, sobre todo, peones para construir o remozar caminos” (p. 21). A pesar de las muy difíciles condiciones de vida y de trabajo que soportaban, estos hombres y mujeres se daban tiempo para el ocio y la diversión a través de la música y el baile, el denominado fandango, donde, al ritmo de guitarras, violines y coplas que arribaban por barco del otrora Caribe afroandaluz, “los cuerpos simulaban expresar la intensa vitalidad con la que anteriores etnias se habían acrisolado y liberaban al cuerpo de la tensión y conflicto de un Nuevo Mundo desordenado y fecundo” (p. 23).

Hacia finales del siglo XIX, ya durante el Porfiriato, cuando se empieza a derribar el recinto amurallado de la ciudad y tienen lugar las famosas obras del puerto (1880-1902),

estos barrios serán el destino final de un porcentaje importante de las oleadas de inmigrantes extranjeros que, por diversos motivos y circunstancias, llegaban al puerto de Veracruz a intentar “hacer la América”. Así, en ellos, nos recuerda Gema, podíamos encontrar coexistiendo lo mismo españoles, estadounidenses, cubanos, franceses, portugueses e italianos, que venezolanos, jamaiquinos y hasta africanos. A ellos hay que sumar los que, en busca de trabajo, llegaron de otras partes del estado y algunos estados de la república, y que también vivieron “a bordo del patio de vecindad”.

Los nombres de los patios de vecindad, como señala con agudeza la autora, son una prueba de lo anterior y una muestra del profundo significado que éstos tenían para sus habitantes. Así, por ejemplo, algunos nombres recordaban a algunos lugares de la geografía urbana que habían sido importantes pero que ya habían desaparecido, como El Caño del Frayle, El Diamante o La Aduana Quemada; otros aludían a los puertos de donde habían salido los migrantes rumbo a Veracruz, como Santa María y Cristina; otros hacían referencia a los lugares de donde eran oriundos los propietarios de los patios, como San Sebastián, Tenerife y La Palma, y otros más, en fin, retomaban el nombre de los buques de las compañías trasatlánticas que hacían el viaje entre Europa y Veracruz, como San Agustín,

El Ebro y El Fénix. Por fortuna, Gema nos proporciona, al final del libro, un “Apéndice” con un total de 49 cuadros, donde se registran, calle por calle, no sólo sus nombres sino detalles valiosísimos de decenas de patios que logró localizar en su minuciosa investigación. Lo único que echo de menos, pero que quizá sea posible agregar en una segunda edición, es un plano cartográfico desplegable de la ciudad donde, a vuelo de pájaro, se pudiera ubicar cada patio mencionado. Digo esto como una mera sugerencia a la autora y de ninguna manera con el objetivo de demeritar el enorme trabajo de la autora, porque considero que enriquecería y complementaría este “Apéndice” y le daría a los futuros investigadores y, sobre todo, al lector, una herramienta muy poderosa de comprensión del espacio urbano porteño, donde se han ubicado los patios de vecindad en el largo plazo.

Con los inmigrantes extranjeros, sobre todo españoles y cubanos, llegó el anarquismo, doctrina en boga que harían suya las organizaciones obreras, en particular la de los estibadores, para intentar “eliminar —como dice Gema— la explotación laboral que la modernidad porfiriana había traído y emprender las primeras luchas entre capital y trabajo”: “Crear conciencia de esta situación y favorecer la unidad de los trabajadores para enfrentar a los patrones y al Estado, mediante el boicot y la acción directa —explica

la autora—, eran las piezas clave para luchar por los intereses de los trabajadores” (p. 42). En ese caldeado contexto, empero, los estibadores porteños —por supuesto, inquilinos de los patios de vecindad—, como una manera de exigir sus derechos más elementales, rescatarían la tradición española del “palo de mayo” y sacarían “La rama” con un “humor festivo difícil de combatir”: “Esta tradición —apunta Gema— se organizaba a finales del año con grupos de jóvenes cuyo distintivo consistía en llevar una rama de árbol adornada de listones y linternas e ir acompañados de guitarras, jaranas y panderos cantando las décimas conocidas como ‘Naranjas y limas’ en las casas del barrio. A cambio de su música, se les obsequiaba con golosinas, tamales y atole” (pp. 43-44). En el mismo sentido, con el objetivo de exigir su aguinaldo a los propietarios de la Compañía Terminal, creada en 1906, inventarían el “Viejo”, “un personaje con barba blanca vestido con harapos, imagen del año que terminaba”, al que acompañaban con “latas, timbales, tapas de ollas y cencerros”, entonando a ritmo guajiro el conocido estribillo: “Una limosna/ Para este pobre viejo/ Una limosna/ Para este pobre viejo/ Que ha dejado hijos/ Para el año nuevo/ Ya se va el viejo/ Muriéndose de risa/ Porque esta noche/ Lo vuelven ceniza” (p. 44).

Más todavía: los patios de vecindad, en el infausto año de 1914, se

convirtieron en focos importantes de la resistencia popular ante la invasión y ocupación estadounidense. Entre sus habitantes hubo muchos de los héroes anónimos que hoy se han difuminado en el hueco eslogan oficial de la “Gesta Heroica”, el cual a la vez que celebra y engrandece a nuestros “niños héroes jarochos”, olvida injustamente a los soldados del solar veracruzano, sin mencionar nunca al Tío Sam, quien, por segunda vez, ponía su sucia bota sobre la inerme ciudad porteña.

Algunos de estos patios, nos recuerda Gema, desaparecerían del paisaje urbano cuando, en 1920, la peste bubónica asesta su último coletazo sobre Veracruz:

Hubo patios de vecindad —cuenta la autora— cuyas construcciones de madera y condiciones antihigiénicas resultaban ser criaderos de ratas, por lo que la Comisión de Salubridad del Ayuntamiento de Veracruz tomó la decisión de fumigar los patios y las zonas afectadas con el procedimiento de “cianuración”, para más tarde inyectar las cuevas de las ratas y cubrirlas con cemento en tanto la policía recorría patios y casas dando aviso a los vecinos que debían asear a profundidad sus habitaciones por disposición de las autoridades sanitarias, las cuales eran después certificadas, pero, muchas mujeres se resistían cerrando sus casas para evitar ser fiscalizadas porque de encontrarse contagiadas con la peste serían llevadas a la Isla de Sacrificios, habilitada como Lazareto (p. 64).

Se llegó incluso a la decisión de incinerar ciertos patios como una medida drástica de controlar, de una vez por todas, la también llamada “peste negra”.

Cierra esta magnífica obra, una serie de deliciosas noticias sobre la vida cotidiana de los patios de vecindad, extraídas del periódico *El Dictamen*, algunas de las cuales no sólo parecen increíbles sino que muy bien podrían ser parte de alguna novela del llamado realismo mágico. Estas crónicas de los patios constituyen, asegura Gema,

[...] la violencia como construcción simbólica de aquello que se teme: el borde violento del caos que anunciaba la legitimación de su espacio en la ciudad, una ciudad que se volvería roja gracias a las luchas compartidas en aquellos complejos habitacionales. Vivir en patio de vecindad —concluye la autora— empezó a significar pertenecer a un territorio ganado y por eso mismo entrañable. Ya vendrán los ‘vientos huracanados’ de una impredecible huelga inquilinaria (pp. 70-71).

Esperemos que muy pronto Gema Lozano y Nathal siga narrando la historia universal de los patios de vecindad porteños, empezando por la huelga inquilinaria (1922) encabezada por el mesías ácrata Herón Proal, que si bien ha sido estudiada y contada, sigue teniendo todavía filones inexplorados por los historiadores.

Mientras tanto, termino mi comentario dando un salto mortal al presente pero sobre todo al futuro: a pesar de todo lo que aquí hemos dicho, a partir de este libro maravilloso, por desgracia, estos santuarios de la “jarocho contextura”, como diría Francisco Rivera Ávila, *Paco Píldora*; estas casas-barco —que, en las horas pico de la canícula

o cuando el puerto es azotado por las ráfagas de un “norte”, dan la sensación de bogar con dificultad por el mar de cemento citadino, junto con el *modus vivendi* que les es propio— están evidentemente en peligro de extinción. A veces, al igual que en la época virreinal, por causa de un incendio accidental; a veces por el largo abandono o por la incapacidad de sus habitantes para darles mantenimiento y posponer su inevitable fin, y a veces por el avance incontenible (¿irreversible?) de las casas de material, que poco a poco se van “devorando” las de madera. Si

finalmente desaparecieran del mapa urbano, acaso estaríamos presenciando la muerte de uno de los últimos reductos de la cultura popular porteña.

Luego entonces, la pregunta obligada que queda por hacer es: ¿qué hacemos para evitar lo que parece inevitable?, ¿qué hacemos para salvar de la piqueta este patrimonio que a todos nos pertenece y del que todos deberíamos estar orgullosos?

Horacio Guadarrama Olivera
 Instituto de Investigaciones
 Histórico-Sociales,
 Universidad Veracruzana